

visiones? Demasiado sabes tú que en el Hotel no hay perros.

La vieja se santiguó, asegurando :

— En ese caso es Satán en persona quien se ha llevado la colación de monseñor.

No : Satán era ajeno en absoluto al robo del gigote, y la marquesa de Villanueva-Marsan no lo ignoraba. Si había alterado la verdad ocultando y favoreciendo la fuga del perro, era sencillamente porque dominada aún por la emoción que le produjera el ruido misterioso de poco antes, acababa de recordar que el corredor secreto tenía también salida, no menos secreta, á la cava del este. Invadir esta cava, ó permitir que la invadiesen, equivalía á cortar la retirada al presunto autor de los ruidos, en el caso de que no fueran alucinación de las dos damas. Por si acaso, la marquesa se decidió á mentir pládosamente.

XI

EL HERIDO

Poco más ó menos á la hora misma en que, aclamado por sus domésticos, el marqués de Villanueva reintegraba su hotel después de diez años de ausencia; á la misma también en que el rey de Thunes entraba como triunfador en la Corte de los milagros después de haber derribado y arrastrado por el fango la proclama real, una caravana compuesta de un jinete y dos personas á pie descendía la gran calle de San Dionisio.

Al doblar la esquina de la Truandería, uno de los peatones preguntó al otro, que caminaba del lado opuesto del caballo :

— ¿ Es aún muy lejos, barón ? Tengo para mí que al señor caballero se le va el alma.

— La tiene demasiado bien atornillada para que se le vaya tan fácilmente ; — dijo el otro. — Lo que hay es que esas heridas de arcabuz en el hombro son muy dolorosas... Ya no estamos muy lejos ; os llevo á la

calle del Gallo, al hotel del primer conde de Entragues, único sitio de París en que nuestro héroe puede cuidarse en seguridad; ¡mala peste se lleve á todos los arqueros!

Como el lector ha adivinado ya sin duda, los dos interlocutores no eran otros que Matraca y Cortomontel que sostenían cada uno por un lado, al jinete herido, Sed de Amor.

He aquí lo que había pasado.

En menos tiempo del que se precisa para contarlo, Sed de Amor y Cortomontel sembraron el destrozo entre los arqueros y gendarmes que acababan de disparar sus arcabuces, y aprovechándose de la confusión, aumentada por la nube de humo producida por la deflagración de la pólvora, cargaron con Matraca, que ya se balanceaba en el vacío, y el incansable Djaulia emprendió de nuevo en sentido inverso el mismo camino que recorriera poco antes.

Los vecinos de la calle de los Muertos, alarmados por el ruido de los mosquetes, pudieron verle pasar como una exhalación, humeantes los ollares y arrancando chispas á los guijarros con sus cascos de acero.

Reinalda, asomada á la puerta de la casa del maestro La Fraicheur pudo verlos también, y aun creyó observar que una horrible palidez cubría el rostro del joven caballero, quien solo por un prodigio de energía lograba sostenerse sobre la silla.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. ¿Estará herido Bernardo? se preguntó.

Sí, lo estaba. Uno de los arcabuceros por lo menos

había apuntado bien, y un lingote de plomo perforó el hombro izquierdo del caballero. Sin embargo, como lo urgente era escapar á toda persecución, ninguno de los tres hombres montados pensó en detenerse. Soportando bravamente su triple carga, Djaulia galopaba como el viento; dobló el arrabal, frente á San Ladres, pasó de un par de saltos el puente levadizo de la Puerta San Denis, con gran asombro de los partesaneros, que ni aun tiempo tuvieron de reconocer aquel bólido, y dejando atrás el puentecillo, sólo se detuvo al comienzo de la calle Guernetal, donde Matraca y Cortomontel se apearon, no tanto por descansar al corcel árabe, cuanto para ocuparse en fin del caballero cuyas fuerzas se agotaban y á quien parecía de todo punto necesario socorrer con la mayor urgencia.

Entonces marcharon en silencio. Su objeto, como acabamos de saber por las palabras cambiadas entre ellos, era llegar al Hotel de de Entragues y pedir allí hospitalidad para el herido.

Hallábanse ya en la calle del Gallo, cerca del Hotel de Soissons, cuando el dolor hubo de arrancar á Sed de Amor un juramento que llamó la atención de algunos transeuntes sobre el interesante grupo.

— ¡Pobre joven! — dijo una voz. — Está cubierto de sangre.

— ¡Qué veo, condesa! ¿No es el duque Rolando? — preguntó otra.

Y una tercera, más grave que las otras dos, dió esta explicación:

— No, hermosas, no es Rolando, quien en este mo-

mento se encuentra en casa del señor Abou-Nadarah, lector sideral de la señora Catalina; creo que debo saberlo puesto que acabo de acompañarle...

— ¿Pues quién es ése, entonces?

— Ése no puede ser otro que su insultador disfrazado... Sí, él es : el caballero de la rama de muérdago.

Matraca y Cortomontel oyeron estas palabras y levantaron la cabeza para ver quién las pronunciaba. Tres mujeres, jóvenes las tres, hallábanse inclinadas sobre el antepecho de un balcón.

— ¡Buenas hembras, barón! dijo Matraca.

— Sí, — contestó Cortomontel; — buenas son, y creed que no sé si conviene que maldigamos al cielo ó que bendigamos á Satán por haber sido observados por ese terceto de bellezas.

— No le disgustaría al señor caballero verse cuidado por tan lindas enfermeras... Y después de todo, ¿por qué no les pedimos que lo reciban?

Juzgando excelente esta proposición, habíase detenido ante la puerta de la casa á la que pertenecía el balcón ocupado por las hermosas, interrumpiendo al mismo tiempo la marcha de Djaulia y la de su interlocutor.

— ¿Estáis loco? — dijo este último. — Por lo visto no sabéis dónde nos encontramos...

— En la calle del Gallo, según creo.

— Sí, del gallo... de traición.

— ¡Barón!

— Escuchad por vida mía y no me interrumpáis, eterno parlanchín.

Esa casa de la izquierda es la de Abou-Nadarah, — el astrólogo de la italiana; y esa de la derecha está habitada por Salem-Kebir el Brujo del ministro. Son, como si dijéramos, dos antecámaras del infierno, y las dos confinan con la calle de las Viejas Estufas...

Sed de Amor se enderezó en la silla exclamando :

— ¿Calle de las Viejas Estufas!... ¿Es acaso la hora de la cita dada en el Anti-Libano?... Si es así llego á punto... ¡Que me anuncien á Bar Cobral!

El delirio se apoderaba del desgraciado caballero. Sus acompañantes, asustados, le sujetaban porque se empeñaba en desmontar, y hubiera con seguridad caído al suelo sin la resistencia opuesta por cuatro brazos vigorosos.

Mientras esto sucedía en la calle, en el balcón entablábase animado coloquio entre Fiamma, que se hallaba en su casa, é Isis la bella y la condesa de Givors que le hacían visita.

Compadecida la hija del duque de Egipto de los sufrimientos que parecía soportar con pena el caballero, dijo á sus amigas :

— Fuera inhumano dejar pasar á ese gentilhombre sin prestarle algún socorro.

Ayela y Fiamma se miraron. La vista de Sed de Amor herido, acababa de reavivar en ellas, con fuerza imperiosa, el sentimiento de avasalladora pasión que experimentaron ambas al ver por primera vez al caballero, en el momento aquel en que el joven hizo su aparición en el saloncillo de la casa de las Miñonas, cuando acababa de mofarse Rolando de Saboya-

Nemours de la desgracia inmerecida de dos mujeres y de un cautivo.

Miráronse pues, como acabamos de decir, pero se miraron con desconfianza. Una y otra ignoraban aún si verían ó no satisfecha con el tiempo la pasión naciente que las empujaba hacia aquel extranjero; pero su intuición femenina adivinaba en cada una de ellas una rival segura, y sonriéndose amistosamente aguzaban ambas las uñas en previsión de próximas batallas.

Las dos jóvenes se odiaban ya.

— Sí, — opinó Ayela, — sería ciertamente inhumano dejarlo pasar así... Por eso, con permiso de Fiamma haremos subir al herido á este cuarto.

Los ojos negros de la protegida de Salem-Kebir brillaron como carbunclos.

— Su cabeza está puesta á precio; — dijo. — Una vez en mi casa os faltará el tiempo para correr hacia el duque que no anda muy lejos, y decirle que su vencedor se halla en su poder, asegurando así su venganza sin perjuicio de ganar la prima ofrecida... Confesad, condesa, que eso es lo que pensáis en realidad.

— ¡Ah! — murmuró Isis, — una cosa así fuera abominable... Ese pobre joven tiene fiebre; sus compañeros se ven y se desean para sostenerlo ..

Ayela de Givors contestaba con amarga ironía á la observación de Fiamma :

— Mi imaginación, amiga mía, es menos fértil de lo que suponéis; una combinación como la que acabáis de indicar sólo podía ocurrírsele á un cerebro como

vuestro. En lo que á mí hace, confieso que no se me había ocurrido pensar semejante cosa. Yo no tengo nada de verdugo, ni aun el aspecto. ¿Por qué acusarme de pretender acabar á un moribundo?

— Vuestras relaciones con el señor de Saboya...

— Ni una palabra sobre mis asuntos personales. La salud de Rolando no está por fortuna amenazada, y por el contrario, la de ese joven me parece de las más precarias. Apresurémonos pues á socorrerlo.

— ¡Si yo pudiera creerlo, condesa! — dijo Fiamma que dudaba.

— Podéis hacerlo sin vacilaciones; — afirmó Ayela.

— Me juráis...

— ¿Que no atentaré contra su libertad ni contra su vida? ¡Oh, sí! Con mucho gusto. Haré más aún; juro hacer cuanto me sea posible para sacarle del mal paso en que se encuentra.

— En ese caso, aceptad mis excusas, condesa.

— Es demasiado tarde ó demasiado pronto para ofrecérmelas, como queráis, amiga mía; pero sepamos : ¿quién lo cuidará? ¿Ambrosio Paré?

— ¿Y Nadarah? ¿Y Salem Kebir?

— ¡Seré yo quien lo cuide! — dijo Fiamma.

— ¡Vámonos, vámonos cuanto antes! — decía Cortomontel. — Si no se tratase más que de Fiamma y de Isis la bella, podríamos esperar, porque esas son buenas muchachas. Pero Ayela huele á azufre que apesta. Por la marmita de Proserpina, compadre mío, ¿no nota usted el olor? ¡Vámonos; esa condenada mujer

apesta á almizcle más que las quinientas mil vírgenes reunidas!...

— ¡Bueno, pues vámonos! — dijo Matraca que no comprendía ni olía nada.

Pero ya era tarde para huir. Hecho el acuerdo en el balcón, la puerta de la casa acababa de abrirse.

— Entrad, — dijo Fiamma; — entrad, señores. La calle no es buena para los que tienen fiebre, ni para los amenazados de la venganza de los grandes.

Hablando de este modo la joven acariciaba la testera de Djaulia procurando llevarlo hacia la bóveda de la casa.

Cortomontel, á quien la presencia de Ayela asustaba, quiso protestar.

— Señorías, — dijo sacudiendo la mano de Bernardo, que parecía insensible, — este gentilhombre amigo nuestro, no está herido como pensáis. Una insolación, nada como quien dice...

El hombre hablaba sin decir nada, y sin saber cómo arreglarse para salir de lo que él creía un mal paso. Pero Fiamma, á quien ponía ya nerviosa aquella estúpida resistencia, aunque llena de buena intención, se apresuró á interrumpirle:

— Señores, señores, — dijo. — Sabed que si no entráis aquí, vais á meteros en la boca del lobo.

— ¿Cómo? — dijeron los dos escuderos no muy convencidos.

— ¡Sí, del lobo!... Ved, por la calle de San Honorato avanza una ronda.

Así era en efecto.

— Mientras que en esta casa, — prosiguió Fiamma — domicilio de Sidi-Salem-Kébir, asilo inviolable, os encontraréis al abrigo de la persecución del Prevoste de París y aun de la justicia real. Réstame añadir que estas señoras y yo hemos jurado unir nuestros esfuerzos para salvar á ese joven caballero.

Hablando, Fiamma habíase apoderado casi del caballero de Arma, deslizado su brazo en torno á la cintura de aquél. Y una vez introducido Djaulia en la bóveda que ponía en comunicación la calle con el patio interior del Hotel y cerrada la puerta, se organizó el transporte del herido.

Mientras que Cortomontel llevaba la yegua á la cuadra, junto á la cual veíase una carroza desenganchada, Ayela é Isis tomaron cada una pierna de Bernardo, cuyo busto levantó el ventrudo Matraca, encargándose Fiamma del brazo correspondiente al hombro averiado. Así, entre los cuatro, lentamente, fué subido por la amplia escalera.

El cuarto de Fiamma era severo, y lo alumbraban dos anchas ventanas, una enfrente de otra. Entre cortinas de tela levantadas y recogidas con garfios de bruñido acero, se alzaba, imponente, un lecho inmenso, de roble trabajado, con dosel sostenido por cuatro columnas en espiral.

Veíanse además en la habitación algunos asientos altos, macizos, incómodos, y sobrios de ornamentación. Sobre una mesa, un lampadario de siete luces, y junto á él un juego de naipes y un libro de quiromancia, pruebas indudables de que la joven inquilina de aquel

cuarto dedicábase á la práctica de las ciencias adivinatorias. En una cornucopia colocada entre la puerta y la chimenea, veíanse frascos, ungüentos y polvos varios, constituyendo no un tocador de afeites, pero sí una pequeña farmacia.

Una vez colocado el joven en el lecho, asumió Fiamma la alta dirección de las operaciones.

En aquella época en que el arte del bisturí y de las compresas estaba aún en pañales, Fiamma, como discípula que era del físico del gran canciller, poseía conocimientos bastantes para llevar á buen término una empresa como aquella que iba á acometer.

La pérdida de sangre, muy abundante, fué causa de que el herido perdiera el conocimiento en cuanto cesó la tensión nerviosa que lo había sostenido hasta entonces á caballo. Aprovechándose de dicha circunstancia, que le permitiría trabajar sin hacer sufrir mucho al paciente, la joven explicó á Matraca de qué modo debía sostener el busto de su amo, y armada de una hoja cortante, levantó el jubón de encaje, seccionando enseguida la sobreveste y la camisa, con gran espanto de Isis y de Ayela admiradas de tanta audacia. Entonces pudo ver la hermosa practicante, suspendido al cuello del caballero un medallón, y en él escritas dos palabras.

— ¡*Cur non!* — murmuró Fiamma. — La misma divisa y la misma imagen que se hallan grabadas en la sortija de mi maestro... ¿Qué significa esta coincidencia? ¡Bah! ya lo veremos más tarde. Lo que importa ahora es que éstas dos no vean nada de lo que á mí me parece tan extraño...

El incidente había durado un segundo y pasó inadvertido por tener todos los allí presentes fija la mirada en la herida de Bernardo, puesta al fin al descubierto.

La bala había penetrado por la cara anterior del hombro rozando la clavícula, aunque sin tocarla, y saliendo después por el omoplato, luego de abrir las carnes en su trayecto, por lo cual, y en razón también á los coágulos de sangre, la herida presentaba, á simple vista, un aspecto horroroso.

Sin embargo no era grave. De ello pudo percatarse Fiamma enseguida, asegurándolo así á las personas que la rodeaban y añadiendo que los fuertes dolores soportados durante la carrera frenética de la yegua, y, más que nada, la mucha sangre perdida desde que ocurriera la desgracia, era la causa determinante del síncope del herido.

Dió la joven gracias á la Providencia, en su fuero interno, por la escasa importancia de la lesión, y se dispuso á curar esta.

— Pronto, — dijo, — condesa : traedme el aguamanil con agua caliente, la botella de vino de Anjou y la fuente de plata que encontraréis en ese armario, á la izquierda... Tú, Isis, toma de la cornucopia un frasquito azul que encontrarás en él, hilas y vendas y traémelo todo.

Precipitáronse las dos mujeres, y un momento después volvieron junto al lecho con los objetos pedidos.

— Ahora, señoras, si no queréis mancharos, cosa sumamente fácil, — añadió Fiamma, — levantad un poco vuestras mangas y ceños una servilleta á modo

de delantal; una de vosotras sostendrá el aguamanil mientras la otra me irá dando lo que yo le pida. Y sobre todo, nada de emociones; no tenemos tiempo que perder si queremos evitar una nueva hemorragia.

Intimidado por la extraordinaria presencia de ánimo de la joven, Matraca permanecía absorto viéndola tomar sus disposiciones. Sin embargo, avergonzado de su inacción se atrevió á interrogarla.

— ¿No puedo yo ser también de alguna utilidad? — dijo.

— Sí por cierto, — contestó Fiamma. — Vos sostendréis el torso del caballero sin apoyar sobre el pecho, con toda la posible suavidad.

— Dejad eso de cuenta mía; — exclamó el hombre encantado. — No es poca la suerte que ha tenido el caballero de caer en manos de tan lindas y serviciales personas.

Tomadas todas las disposiciones, lleno de agua el aguamanil y adicionado el liquido con vino de Anjou para disminuir su crudeza, comenzó Fiamma el lavado de la herida.

Y aunque era mucha su fuerza de voluntad y por más de que la lesión presentaba buen aspecto, no pudo evitar la opresión que se apoderó de su ánimo, como del de sus compañeras y aun del mismo Matraca en presencia de las hermosas carnes laceradas.

Limpia al fin de coágulos y desbridada la herida, dióse de nuevo á rezumar la sangre que salió espesa y negra al principio y luego roja y transparente.

Los ojos de Ayela, como los de Fiamma parecían cla-

vados en aquel hombro estropeado por dolorosa tumefacción.

De buena gana hubieran apoyado sus labios en la herida, y bebido aquella sangre y tomado para ellas la fiebre del enfermo.

El surco de violáceos bordes destacaba con tono violento sobre la piel de mate blanca, y de él escapábase lentamente, por intervalos correspondientes á los movimientos del corazón, el elixir de vida. Un esfuerzo cualquiera del paciente podía hacer dicho derrame más intenso y agravar su estado.

Comprendiéndolo así, la protegida de Salem-Kebir se arrancó á su contemplación, y pidió con voz firme:

— ¡ El frasco azul!

Isis la bella se lo dió.

Luego de calentar el cuello del mismo en el aguamanil, Fiamma lo destapó y vertió algunas gotas de su contenido en una compresa. Fuerte olor de cloro se esparció al punto por el cuarto.

— ¿Qué es eso? — preguntó la condesa de Gisors, desconfiada.

— Esto, — dijo Fiamma mirándola con cierto compasivo desdén, — es el más humanitario de los descubrimientos de Sidi Salem.

Y apoyando deliberadamente la compresa sobre la herida, comenzó á vendar el todo, mientras añadía á modo de explicación:

— Es un nuevo compuesto, gracias al cual se contienen en el acto las más copiosas efusiones sanguíneas, y al cual ha dado el nombre de *hemostático de Arma*.

— ¿De Arma? — exclamó Matraca. — ¡También es casualidad! Precisamente ese es el nombre del señor caballero.

— Puede; — dijo Fiamma. — En todo caso es simple coincidencia, porque Salem pensaba en todo menos en el caballero cuando hizo este descubrimiento. Ved ahora lo que decía hace un instante; ya se contó la hemorragia.

Así era en efecto.

Poco después, reparado el desorden inherente á la pequeña cura practicada, y revestido el torso del herido, sacó Fiamma de su seno un tubo de cristal tallado, pasándolo dos veces bajo la nariz de Sed de Amor, quien luego de exhalar hondo suspiro, se sentó en la cama, mirando con extrañeza en torno suyo.

En el acto reconoció á Matraca y á Fiamma, lo que valió á ésta una mirada fulminante de la despechada Ayela de Givors, quien no podía soportar que aquella descreída fuese objeto de la admiración del hombre que había vencido á los más reputados duelistas de la corte.

— Es hermoso, indiferente al peligro y fuerte, — pensaba admirándole. — Tiene la misma cara de Rolando, sí; ¡pero cuánto más noble! Como quiera de mí, abandonaré por él al otro, porque este hombre me fascina, me atrae de un modo irresistible... Pero ¡guay de él si me desdona, si rechaza mi amor!

Deseando disimular los sentimientos que la agitaban tumultuosamente, fuese hacia Isis para ayudarla á poner orden en los cachivaches que ocupaban la cornucopia.

Nadie hablaba en el cuarto. Todos respetaban el trabajo que operábase sin duda en el cerebro del caballero, ocupado entonces en recordar lo ocurrido.

— ¡Ya sé, ya sé! — clamó de pronto. Una batalla descomunal... ¡Siempre batallando, amigo Matraca, ya lo ves... Pero esta vez llegué á tiempo ¡eh!... ¿No era en Montfaucon?

Una mesa rodó por el suelo con gran estrépito, cortándole este la palabra. Fiamma no había encontrado más que ese medio para evitar que fuese oído el nombre siniestro que acababa de pronunciar Bernardo.

— ¡Silencio! — dijole al mismo tiempo en voz tan baja que, más que oirla, la adivinó él por el movimiento de los labios. — ¡Silencio, señor caballero; hay aquí oídos indiscretos. Simulad por Dios un gran cansancio, necesidad de reposo; eso es lo conveniente.

— Esta muchacha — pensaba Bernardo, — es para mí un misterio. No sabe sin duda quién soy yo ni á dónde voy, á menos que lo haya adivinado, y sin embargo me quiere bien; eso es indudable. Es mucho cuento eso de que yo he de encontrar siempre en mi camino bohemias deliciosas, enamoradas y abnegadas... Porque esta está enamorada de mí, como Glorieta, como Reinalda, como tantas otras... ¡Pobre chica! y á todo esto sin saber porqué ese condenado Matraca me ha conducido á este avispero...

La condesa se acercaba de nuevo al lecho. Háiale parecido sorprender un breve diálogo entre su rival y el herido, y aunque escuchó con toda su alma no pudo sorprender ni una palabra.

— ¿Qué es lo que vais á administrar al señor caballero? — preguntó á Fiamma viéndola agitar en un vaso un líquido perfumado.

— Una poción reconstituyente, condesa.

— Buena falta me hace; — dijo Bernardo siguiendo los consejos de su enfermera. — Cualquiera diría que es llegada mi última hora; de tal modo me siento débil y cansado.

Sed de Amor mentía, adivinando que el consejo que le diera Fiamma, al hablarle poco antes de oídos indiscretos, debía necesariamente referirse á aquella mujer amiga personal del duque Rolando, cosa de la que él mismo había podido convencerse durante su espionaje del salón de la casa de las Miñonas.

XII

LA CORNISA ESTRECHA

Ayela de Givors era mujer de extraño carácter. No tenía más culto que el yo, ni más ambición en la vida que la de acordar á sus pasiones la ocasión y los medios de verse satisfechas. Su principal defecto era el orgullo.

Ni que decir tiene que su corazón era un simple cartilago; que su sensibilidad se hallaba atrofiada; que en ella por consiguiente, todo era frío, calculado, metódico.

En su asociación con Rolando de Saboya-Nemours no entraba para nada el amor. Se entregó al gran favorito de Enrique III sencillamente para tener una parte en los honores que á él se prodigaban, en las envidiosas felicitaciones que después de cada uno de sus duelos se le dirigían, y sobre todo para hacer rabiarse de envidia á todas aquellas que no tenían por defensores gentiles-